

exhibicionismo y la aberración del instinto, ambas relacionadas entre sí y a la vez coincidentes con la estructura morfológica.

Tanto los antecedentes históricos indicados por Marañón como lo que dentro de su libro cabe llamar el ensayo biológico propiamente tal, autorizan su conclusión de que la impotencia de Don Enrique sólo fué relativa, lo cual significa que el monarca pudo ser, en efecto, el padre de Doña Juana la Beltraneja. La idea es anterior a las luchas promovidas por la sucesión del trono de Castilla y terminadas con la paz de Alcántara, pero ahora recibe, con las investigaciones del médico español, un apoyo que hará necesario considerarla en toda alusión al misterio de la Beltraneja.

Mas el misterio seguirá siendo misterio. No hay prueba alguna de la paternidad de Don Enrique, como tampoco la hay, efectiva, de la de Don Beltrán de la Cueva, favorito del Rey, y cuyo nombre proporcionó a la opinión popular el mote destinado a la primera hija de la Reina. Sólo queda la conducta liviana de esta princesa y su confianza con Don Beltrán, especie de Don Juan jactancioso, también con evidentes aberraciones del instinto, en apoyo de la sospecha infamante. Y esa conducta liviana, que perdió a la Reina, no era más grave que las diversiones sin las cuales, según todas las apariencias, no puede vivir la mejor de las muchachas «modernas». Ciertamente es que si la maledicencia popular no tuvo en el caso de la Beltraneja mayor fundamento, encontró después una confirmación en el amor de la Reina con don Pedro de Castilla, el Mozo. Este fué, al parecer, su único amante, y doña Juana guardó hacia él una fidelidad heroica y apasionada cuyos rasgos admiran y conmueven.—R. C A B R E R A M É N D E Z.

BIOLOGIA DE BELGICA

(Valones y Flamencos)

LA pequeña Bélgica se halla dividida en dos regiones alejadas por un enojoso diferendo lingüístico, reunidas por una caparazón política que razones económicas defienden, y empujadas la una hacia la otra con mayor agresividad durante el período de la guerra y de la post-guerra. Flamencos y valones no pueden entenderse después de cien años de convivencia. Todos los intentos realizados para dar fin a las pendencias lingüísticas han sido vanos y en algunas circunstancias peligrosos pa

la seguridad del Estado, para la estabilidad de los ministerios y el pacífico funcionamiento de universidades, fábricas o usinas. Los belgas de Flandes—la zona germana—y los belgas de la Valonia—la zona latina—constituyen dos pueblos, dos razas, dos idiomas, dos culturas perfectamente diferenciadas la una de la otra y hasta antagónicas. La fusión de ambas no se ha realizado. Apenas una región insignificante dentro de la insignificancia nos presenta el producto bilingüe con caracteres mixtos. Es la región donde se encuentra Bruselas, capital del reino y de los belgas bilingües. En ésta se produce y reside la unión que desunen cuestiones lingüísticas. La línea del Ipres a Tongres, que pasa por Waterloo, es su frontera desde el siglo XIII.

Sobre una superficie exigua y superpoblada de 30,447 kilómetros cuadrados, Bélgica cuenta con 7.932,077 habitantes de los cuales 3 millones son valones, 3 millones flamencos y más de 900 mil bilingües, residentes en la aglomeración bruselense. Existen además en la Valonia y en Flandes minorías lingüísticas que tienen sus orígenes en los movimientos migratorios internos nos informa, imparcial, un compendio de Geografía.

Los que hemos viajado a través del país lo confirmamos. Viendo de Alemania, después de haber dejado la frontera muchos kilómetros atrás, nos encontramos con una prolongación del espíritu de Goethe y de Heine; yendo de Francia, igualmente descubrimos el sentido de la *mesure* francesa, el alma de Verlaine y de Baudelaire, las huellas de Rousseau y de Jean Jaurès. En una misma villa en diversos ciudadanos podremos observar las modalidades de este pueblo que en Flandes es Germania y en Valonia Francia.

Un sabor fuerte condensa las diferencias. La personalidad del pueblo belga se nos presenta ambigua, nebulosa, heterogénea. A fuer de intentarlo ha llegado a constituir una entidad cultural, puesto que constituye una entidad económica, pero es un tanto difícil encontrar la médula original autóctona. El producto no nos da todos los atributos de la creación propia. Exhibe los de sus fuentes maternas. Los trazos propios son débiles, las líneas son descoloridas; más una variación de hojarasca que una obra profunda e inconfundiblemente belga. Analizándola bien, quedamos sorprendidos ante las analogías, las copias, los trasplantes. Siempre leeremos francés o siempre viviremos descifrando los sonidos guturales de la influencia rubia. El belga se halla así diluído dentro de este dualismo complejo que la Geografía condiciona. Podemos decir que las vidas germana y latina han creado al pueblo belga. El sabio historiador Pirenne dice con cierta

explicable intención nacionalista, apoyando nuestra observación:

Como nuestro suelo formado por aluviones de los ríos que vienen de Flandes y de Alemania, nuestra cultura nacional es una suerte de sincronismo donde se encuentran mezclados el uno al otro y modificados el uno por el otro los genios de las dos razas.

El alma belga que Edmond Picard nos define con pasión chauvinista en la interesante *Revue Encyclopedique* parisiense, es para nosotros un producto de la fusión inacabada y difícil de dos razas y no un estado propio donde la fusión de las psicologías es mucho más avanzada que la fusión de las lenguas. Sus orígenes debemos buscarlos en la tierra, en la economía, en la historia más que en la visión nerviosa y simplista de la hecatombe reciente. Seguramente buscando en la influencia telúrica llegaremos a mejores conclusiones que perdiéndonos ingenuamente en candores bélicos de post-guerra.

1830 marcó para Bélgica su 1810, como dirían los americanos, y el comienzo de la cuestión lingüística, que hasta 1930, vieja y centenaria, mantiene en valones y flamencos profesiones de fe encontradas, estados de espíritus rivales.

El Gobierno de Rogier una vez conseguida la independencia reconoció el francés como lengua única oficial *con el objeto de destruir, poco a poco, el elemento germánico en Bélgica*. La Constitución en su artículo 23 precisó el empleo facultativo de ambas lenguas. Mientras el gobierno se decidía a imponer el francés para uso particular, favorecía al flamenco extraoficialmente. No pudiendo atentar de un solo golpe contra él se limitaba a adoptar una impolítica medida que razones «políticas» determinaban. Cuando los gobiernos de imperios o naciones con problemas de minorías nacionales quieren resolver dificultades de este género, casi siempre estiman útil recurrir a la violencia por medio de mandatos en realidad enojosos para los que los sufren y contraproducentes por sus resultados. El Gobierno de Rogier, pretendiendo solucionar los problemas de su flamante estado, impuso en cierta manera la valonización y desestimó al flamenco, no logrando con ello otras consecuencias que las hoy vigentes. El Estado nacía desunido. Bélgica debía afrontar así desde su infancia el problema de sus dos razas, de sus dos pueblos y de sus dos lenguas

Originariamente el flamenco fué un dialecto conocido entre la población campesina. Casi exclusivamente campesinos, obreros y artesanos eran los que por medio de él se expresaban. Las clases dirigentes tenían una cultura y un alma afrancesadas, se expresaban y pensaban en francés. Una cuestión lingüística hacía más distante la separación económico-político-social. La *élite* del Gobierno no podía entenderse con la muchedumbre de los gobernados.

Empero, esta inferioridad no debía durar largo tiempo. El flamenquismo insurgió irreverente. Pocos años bastaron para que el pueblo diera una cultura y forjara su alma. El desenvolvimiento de ellas llevó la cuestión al terreno político. Los flamencos plantearon la igualdad de las lenguas. El movimiento adquirió fuerza y la divisa: *el alma del pueblo está en su lengua* constituyó un grito de libertad y un apotegma de lucha.

En 1873 los procedimientos en materia judicial debían hacerse en la lengua del acusado. En 1883 el flamenco era reconocido como lengua para la instrucción secundaria en Flandes. En 1886 una Academia Flamenca se creaba en Bruselas, y se inauguraron tres teatros reales flamencos. En 1893 dos Cortes de Justicia flamencas quedaban establecidas. El Parlamento, y el Municipio hubo de escuchar a los oradores flamencos haciendo la defensa de su raza y de sus tradiciones. El flamenquismo rompió las primeras trabas de su inferioridad. Sus triunfos alentaron entusiasmos, y le insuflaron vigor. Tomó hondura, y un extremismo agresivo empezó a germinar. Cyril Buysse, ágil ensayista flamenco, lo reconoce criticando con amargura tales excesos por las simpatías que se pierden. La reacción ante la tendencia valonizante había dado sus resultados. Los flamencos no sólo habían logrado constituir un frente y logrado algunas importantes victorias. Habían creado el flamenquismo y dentro de él hasta un superflamenquismo ortodoxo y violento, anti-francés y provinciano.

Durante la guerra esta tendencia se manifiesta alarmista. La invasión no hace sino acrecer su odio. Ante la presencia de los alemanes en territorio belga, los flamencos exacerban su anti-valonismo hasta el grado de producir una campaña de federalización y un intento de separatismo. A la flamenquización de la Universidad de Gante sigue la independencia de la región de Flandes proclamada en Febrero de 1917. Un Gobierno autónomo se constituye y el Consejo de los Flamencos inicia su obra regionalista autonomista. Terminada la guerra los aliados disuelven, como por arte de encantamiento, el Gobierno naciente y cumplen una batalla sin cuartel contra los líderes más eminentes del mo-

vimiento flamenquizador. Con aquella y con esta lucha el movimiento gana nuevos prosélitos, en lugar de desfallecer. El pueblo, enamorado ciego de sus tradiciones, se sintió orgulloso cuando sus esfuerzos de años culminaron en una victoria fugaz: se sintió herido cuando la represión quebró todas sus ilusiones.

La igualdad de las lenguas continuaba siendo un mito. La preponderancia oficial del francés una realidad.

1919 lleva a Bélgica el sufragio universal, y los flamencos—diseminados a lo largo del Flandes Occidental y Oriental, de Amberes y Limburgo, formando familias numerosas—lo conquistan también y lo aprovechan ventajosamente. Una estadística autorizada de la Sociedad de las Naciones estipula que Flandes tiene en la actualidad ochenta y ocho diputados, mientras la Valonia sólo setenta y tres y Bruselas veintiséis. Además, con los partidos católico, liberal y obrero se deben considerar los partidos de post-guerra: el comunista, cuyas listas apenas alcanzan a cubrir el cuatro por ciento del total de votos socialistas con un total de dos mil adherentes y el fronterista, propiamente hablando, el Benjamín de las deshermandad de los partidos y que cuenta ya con 12 representantes en la Cámara y 3 en el Senado y cuya composición es un tanto *sui-generis*, pues en su mayor parte lo forman los curas de los villorrios y sus feligreses flamencos. Este partido, *espèce de petit parti*, al decir francés de los hijos de la Valonia, ha alcanzado algunos notables progresos en un país como Bélgica donde el catolicismo es realmente predominante. En 1928 por su gestión consiguió que Monsieur Borms fuera amnistiado. Conviene notar que su delito era de los calificados de alta traición y que perteneció al Consejo de los Flamencos. Su condena era a prisión perpetua.

Convertida en cuestión nacional la cuestión lingüística, habría sido casi la confirmación real del milagro si se hubiera mantenido ajena al juego de la política. Los partidos políticos por el contrario en su totalidad la han afrontado. Unos para aliviar sus males, otros para agravarlos. Pero todos creyendo con ello contribuir a la solución de la pendencia que naciera al día siguiente de que el Tratado de Viena liberaba a Bélgica de Holanda, separándolas.

Para los católicos de partido, la igualdad de las dos lenguas debe ser *absoluta y efectiva en todos los actos de la vida pública*. Sin embargo, ello no impide que muchos de sus líderes preconicen la *territorialidad* y que abandonen el principio de *la libertad del*

padre de familia reconocido por todos sus jefes desde un siglo. Su amenaza es así inminente.

El Partido Liberal, representante de la plutocracia de la urbe, acepta la igualdad de las dos lenguas *con respeto de los derechos de los funcionarios valones*. Fundamentalmente es un enemigo del territorialismo lingüístico, como un defensor de la cultura francesa. Trata de defender un pensamiento ecléctico de la cuestión. Teme que la divulgación del flamenco contribuya al desplazamiento de la *élite* dominante. Desde este punto de vista propugnó cursos facultativos en francés durante la flamenquización de la Universidad de Gante. Su actitud, en el fondo, es tan maquiavélica como la del Partido Católico.

Los socialistas en el célebre *Compromis des Belges* de 1929 proponen la solución lingüística *sobre la base de la igualdad de las dos lenguas, de la descentralización comunal y provincial, consulta al cuerpo electoral y respeto de las minorías nacionales*. Defienden inequívocamente la tesis democrática. El Partido Comunista limita su intervención a la lucha de clases. Para él el movimiento en favor de la igualdad de las dos lenguas es, escuetamente, *un movimiento pequeño-burgués*. Se coloca al margen del problema encerrándose dentro de su caracol marxista.

Para los fronteristas es una cuestión de federalismo y descentralización, autonomía y rebelión. Divididos propugnan un levantamiento contra el centralismo del Estado Belga y «los belguistas flamencos». Unos se pronuncian por el simple federalismo. Los otros, más ortodoxos y exaltados, por la separación definitiva. Pero todos están imbuídos de un sentimiento anti-francés fuerte. Los curas y los feligreses campesinos juzgan que la diosa razón es hija de Francia y que Francia es una nación de ideas disolventes y bolcheviques. Como la Revolución francesa prohijó el libre-examen, el libre-pensamiento y el ateísmo, los fronteristas, *más papistas que el papa*, no tuercen su diestra. Por otra parte, su flamenquismo agudo les separa racialmente en la lengua y en sus tradiciones germanas de todo lo que es latino. Este partido representa así el super-flamenquismo, afiebrado e insolente, conservador y anti-latino.

La Asamblea Valona fomenta el unilingüismo en la Valonia y se adhiere a todos los acuerdos que en esta materia han propiciado los valones desde el gobierno en el ramo de economía, político, administrativo y militar. Su voz es de alerta. Ante el flamenquismo y el super-flamenquismo, su grito es de aproximación a Francia. Representa el latinismo malcriado e intransigente.

Contemplando la cuestión desde otros intereses, si bien es cierto débiles y en minoría, la Liga Nacional por la Unidad Bel-

ga se pronuncia por el bilingüismo administrativo sin apoyar el bilingüismo de los funcionarios. Condensa una opinión intermedia y propugna con energía la fusión de ambos pueblos. Por sobre todo eleva la idea de Bélgica una e indivisible. Como todo centrismo, esta tendencia recibe los dardos de derecha e izquierda, del superflamenquismo y del supervalonismo. Es el sector incomprendido. . .

Todos los partidos enfocan la cuestión y cada cual a su manera. Si no existiera un interés «misterioso», que bien pudiera ser electoral, tal vez el problema habría sido ya resuelto con mejores perspectivas. Pero como mientras los unos agitan el incendio y hacen vibrar su demagogia exaltada y los otros aprovechan ávidos y los terceros se apartan displicentes y enhiestos, el *statu quo* se mantiene. Y flamencos y valones viven su centenario cada vez más flamenquistas y cada vez más valonizantes. Y la Bélgica: una e indivisible, desunida y dividida.

Si se ahonda el fenómeno no se podría a primera vista despejar semejante incógnita. ¿Intransigencia valona? ¿Tenacidad flamenca? ¿Odio de razas? ¿Imposibilidad de entendimiento? ¿Idioma? ¿O economía? Un flamenquista nos respondería atacando al adversario. Un valonista, inversamente, defendiéndose. Un católico, arremetiendo al diablo francés. Un protestante, al misterio de la Trinidad. Un marxista más marxista que el propio Marx, enfrascándose en la economía pura. Un idealista bergsoniano, alejándose con la personalidad, el espíritu. Empero el fenómeno en sí es más complejo y menos llanas las causas que lo determinan. Influyen en prorrogarlo indefinidamente todos los interrogantes y cada cual particularmente.

Ni raza, ni idioma, ni religión, ni economía puros y aisladamente considerados. Todos ellos en conjunto y cada cual en su línea de acción y de mira. Mientras que Flandes es una región eminentemente agrícola, salvo la naciente industria textil de Amberes y las minas de Hambourg; la Valonia es burguesa. Mientras Flandes nos habla flamenco, la Valonia francés. Mientras que Flandes continúa aprisionado por la religión, la Valonia tiene las manos sujetas por la Iglesia en lucha con los librepensadores. Mientras que Flandes conserva su sistema bancario propio e independiente, la Valonia opone otro ligado a Francia. Al Flandes germano se enfrenta la Valonia latina. Tales son las tesis y las antítesis, que convergen alrededor de la curiosa cuestión lingüística síntesis del problema.

Bélgica ha, sin embargo, envejecido. De 1830 a 1930 cien años

han transcurrido. Y la pendencia lingüística se agiganta. Nuevas soluciones se han encontrado. Pero en lugar de aliviar el diferendo lo han agravado. Los flamencos no ceden. Los valones otro tanto. La perseverancia germana es formidable. La latina vivaz. El *élan* flamenco es invencible. El valón lo comparte. La intransigencia de ambos es tan hiriente que parecería insoluble la cuestión. O que la capacidad de solución es nula en los hombres de gobierno, en las masas de partido.

No sabríamos si recordar las duras palabras del autor de *Das Kapital*, cuando en 1844 expulsado de Francia por Guizot se refugia en Bruselas para salir desterrado pocos años después.

La Bélgica ha guardado a los hombres más eminentes del siglo XIX y nada ha quedado en pie como atisbo genial o como informe documental. El pueblo y sus líderes tan indiferentes como animados por la cuestión lingüística han aprovechado muy poco de aquella vecindad. Amigos de Babeuf, discípulos de Saint-Simon, partidarios de Fourier, Karl Marx y F. Engels, se refugian en tierra belga; pero su obra aparece infecunda por sus resultados. Los belgas se nos presentan más entusiastas por sus danzas flamencas, por su *Rey Soldado* o por los combates del Iser que por sus problemas vitales. La nación belga con valones y flamencos en pendencia inacabable no es un todo homogéneo. Ha empezado a serlo, de intento en intento y bajo la influencia de un afanoso querer.

Los años vividos dejan una obra, pero ella tiene sus lagunas.

Mientras la cuestión lingüística se agite como un problema y cree dificultades, *el alma belga* se nos presenta hipotética.

No basta que Maurice Maeterlinck, que Emile Verhaeren o Henri Conscience y M. Crommelynck sean los herederos de las glorias de A. Kempis y Ruysbroeck. O que estos compitan con la portentosa obra de los Memling, de los Van Dyck y de los Van der Weyden. A través de ellos ya sabemos qué culturas hablan expresivas, palpitantes, frescamente. El problema económico-político-social subsiste íntegro. El diferendo idiomático sobrevive. Las más graves cuestiones en economía o en política se ven embrolladas por éste.

Conocer la pendencia lingüística es empezar a conocer a la pequeña Bélgica por dentro. Solucionarla es aportar la ayuda del álgebra para despejar incógnitas. Si la centuria que se inicia la aborda con éxito, asistiremos realmente al segundo nacimiento de Bélgica, y *empezaremos* a comprender mejor *por qué* el eminente Emile Vandervelde decía en el Parlamento no ha mucho:

La Bélgica no es una formación artificial, pero ha nacido de duras expe-

riencias y de luchas sostenidas en común por la libertad y por la independencia...

LUIS E. HEYSEN.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

BOLÍVAR DESDE ESPAÑA

LA colección de vidas noveladas que en Madrid publica Espasa-Calpe se ha visto aumentada con un nuevo volumen, el dedicado a Bolívar por el escritor vascongado José María Salaverría. Y también con esta nueva publicación se ha ampliado el objetivo de la colección que si en un principio fué de vidas españolas del siglo XIX, con la entrada de Bolívar, da cabida a las vidas de personajes americanos.

Creemos, después de la lectura de este Libertador visto por Salaverría, que si los escritores españoles son los llamados a fijar los caracteres de los americanos ilustres, el experimento será curioso, poco halagador para los nativos de América, pero repleto de enseñanzas de diverso género.

El mayor interés del libro de Salaverría reside en la circunstancia precisa anotada: el que sea la visión de un español, dos veces español por ser vascongado, sobre un personaje que encarna la más fuerte y más pura gloria americana. Y de esta experiencia tenemos un resultado único: una figura de Bolívar que se parece poco, muy poco, a la que se conoce en América.

Proviene esta característica de que se han juntado dos extremos opuestos. Durante muchos años en América la admiración por Bolívar y su obra ha quitado el reposo necesario para el estudio detenido de su personalidad. Pero hoy en día no podemos argumentar en esta forma, pues el personaje del Libertador ha sido agotado por escritores de todas categorías que se han consagrado, con benedictina tozudez, a desentrañar los misterios más recónditos de su vida y a poner de relieve toda su obra en la magnífica ejemplaridad de su grandeza. El mito bolivariano ya no nos coge de sorpresa y «el señorito Simón» que decían las niñas de Caracas de 1812, ha entrado de lleno a la inmortalidad de gloria que le corresponde con todas sus pasiones y sus virtudes, y —no sería honrado negarlo— con todos sus defectos. Hombre al fin, no puede juzgársele sino como fué: un grande hombre,